

Misión del maestro

Emilio Lledó

«**N**o hay educación que no refluya sobre el educador desde el educando», dice Giner en el volumen XII de sus obras completas, publicado por Espasa en 1933 con el título de *Educación y enseñanza*. En ese mismo trabajo habla de la «esfera superior» que, más allá de la propia especialidad del profesor, tiene que alumbrar toda enseñanza. He releído, estos días, algunas de las páginas donde, en los seis volúmenes que recogen sus escritos sobre educación, aparece el nombre de maestro, de profesor, de catedrático, y me sorprendía la extraordinaria modernidad de sus reflexiones.

No me extraña que toda la revolución que sus ideas anunciaban fuera considerada peligrosa por el fanatismo y la ideología que, durante más de un siglo, iba a arruinar la educación en nuestro país. Por supuesto, con anterioridad a la época de Giner, el terrible retraso cultural había sido observado frecuentemente. En una de las cartas que Guillermo de Humboldt escribe a Goethe, desde Madrid, en noviembre de 1799, le habla de la Inquisición y de la influencia que su feroz presencia tenía en los profesores a pesar de que entre ellos había encontrado «gente llena de inquietudes y de espíritu ilustrado... cosa mucho más meritoria dadas las dificultades que tan excepcionales profesores tienen que superar». Parecidas noticias escribe, en el mismo año de sus viajes por el país vasco para estudiar su lengua, al amigo David Friedländer, concejal en el Ayuntamiento de Berlín.

Probablemente, en los análisis que Giner hace de la enseñanza alemana y de la pujanza de sus universidades está presente la transformación que desde la creación en 1810 de la nueva Universidad de Berlín había llevado a cabo Humboldt. En el volumen XVIII escribe Giner que «Nada más distante de la misión que las Universidades alemanas desempeñan que convertir a sus profesores en meros preparadores y repetidores; antes creen que una enseñanza fundamental es la única que puede a un tiempo ser origen de verdadero progreso científico, y formar en los estudiantes una cultura sólida y profunda. Por esto, en Alemania no tendría sentido la frase, tan común en España y que incluso se ha estampado en documentos oficiales, de que cuando verdaderamente se estudia es después de salir de las Universidades».

Entre las muchas y esclarecedoras ideas de esas páginas destaca la mutua implicación entre el alumno y el maestro. Una implicación que no tiene sólo que ver con el espacio determinado, casi familiar, en el que se realiza la enseñanza. Las palabras del profesor se desplazan siempre ante esa «esfera superior» que ilumina la relación con sus alumnos. La misión del profesor trasciende la misma materia de lo que enseña. En el espacio real de la clase, en las palabras que pronuncia, alienta un hermoso fenómeno de amor. Se ha escrito que el profesor tiene que amar lo que enseña pero, sobre todo, a aquellos que enseña. Un río de amistad fluye en esos miles de ríos que surcan los rincones del mundo donde «dan clase» los profesores.

Ese amor supone que, más allá de los concretos saberes que enseñan, yace el ideal de que todo saber es un deseo de racionalidad que libera a los seres humanos de la esclavitud mental a la que pretenden someter, en las sociedades modernas, los ideólogos de la miseria, los ignorantes con poder sobre los cuerpos o las conciencias.

La racionalidad tiene que ir acompañada del impulso latente en esa «esfera superior» a la que Giner se refería. Un impulso que arranca de los fundamentos de la cultura humana, como son la verdad, el bien, la belleza y todas las expresiones de la vida que se manifiestan en estos conceptos. Una lucha constante por esas «utopías» que, paradójicamente, no son nada utópicas. Lo utópico, lo que no tiene lugar ni espacio en el mundo, es el «desgénero humano», la degeneración mental hacia la que la ignorancia y la falsedad podrían conducirnos.

Emilio Lledó*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org